

LAS SOCIEDADES DE LA EMIGRACIÓN:
EL CASO ECUATORIANO

Por Javier Ponce¹

Nota: Este documento es de uso estrictamente personal; queda prohibida cualquier forma de copia, difusión y distribución sin autorización expresa del autor o de la Organización del Congreso

Note: This document is of strictly personal use; there remains prohibited any form of copy, diffusion and distribution without express authorization of the author or of the Organization of the Congress

¹ Experto en Desarrollo, Periodista y Escritor. Ecuador.
Línea I. Migraciones y Desarrollo
Las Sociedades de la Emigración: El Caso Ecuatoriano.

A fines del siglo XIX, la primera novela ecuatoriana en sentido estricto fue, precisamente, un relato de las migraciones: *A la costa*.

La migración interna era, sin duda, el hecho social más importante, capaz de alentar un largo relato. Y su importancia radicaba en dos cosas: los campesinos de los andes abrían una brecha entre las dos regiones geográficamente irreconciliables del país: la Costa y la Sierra y protagonizaban una masiva migración interior; y comenzaba a incubarse la revolución que trasladaría al campo de la política la hegemonía económica de la Costa, región que había entrado de lleno a relaciones sociales y económicas capitalistas, y actuaba como succionador de mano de obra de la Sierra, sujeta todavía a relaciones sociales y económicas serviles.

En efecto, si la relación de población entre Costa y Sierra era en 1830 de 1 a 5.7, en 1935 esa relación bajó a 1 a 1.7, con un vertiginoso poblamiento de la Costa a base del éxodo de la Sierra.

Roland Barthes nos recuerda la estrecha relación entre Novela e historia. La primera novela ecuatoriana encuentra en las migraciones internas el nudo que denuncia el universo barbaramente vigilado del latifundismo y los flujos migratorios que anuncian la inminencia de una revolución, la revolución liberal de 1895. Una novela que ya abordaba el tema de la migración en su doble dimensión de esperanza y de drama, que hoy ocurre por fuera de nuestras fronteras.

Esta confluencia de relato y de emigración, de narrativa y éxodo a fines del siglo XIX, anunciaba lo que sería, un siglo más tarde, la fuente de toda una leyenda. La leyenda de un millón de ecuatorianos buscando una nueva vida en otra parte.

¿Será, tal vez, como afirma el filósofo esloveno Slavoj Žižek que el capitalismo es, precisamente nómada? Si lo fue en el caso ecuatoriano de fines del siglo XIX, lo es todavía mucho más en tiempos de globalización. Y Žižek dice algo más que estará en el centro de la contradicción de los países de destino de las actuales corrientes migratorias, aquella contradicción entre el miedo y la necesidad de la presencia de los inmigrantes. Dice Žižek: "La estructura subjetiva del capitalismo ahora es precisamente aquella del sujeto nómada, sin identidad fija. Y no se lo puede combatir porque reterritorializa los flujos, los deseos, porque esa reterritorialización –la invasión hacia los países del Norte y la reconstitución por parte del migrante de su mundo en otra parte, diríamos interpretando a Žižek– es la maquinaria que desata el dinamismo." Reterritorialización, por tanto, que en los casos en los que la migración se afirma, como ha ocurrido con el éxodo latino hacia Estados Unidos, comienza a reterritorializar toda la nación norteamericana.

¿Acaso es el espejismo que ejercen las sociedades de consumo sobre las sociedades pobres, a través de los medios de comunicación contemporáneos que llegan al rincón más apartado con las imágenes de la modernidad, sumado a la persistencia de la explotación del trabajo migrante, lo que, finalmente, convierte a los éxodos en un factor clave del capitalismo actual, como insinúa Slavoj Žižek?

La evocación de lo que ocurría hace un siglo en relación con lo que ocurre hoy, nos lleva a una primera conclusión que, pareciendo de Pero Grullo, se olvida con frecuencia: el éxodo ocurre cuando todo un micro universo colapsa, cuando ese universo se asfixia por todos sus costados: el económico, el político, el cultural, el social, aspectos sobre los que volveremos más tarde. No es, por tanto, la simple respuesta al desempleo o la pobreza económica.

Y junto a esta conclusión, otra: al actuar como un punto de fuga, la migración se convierte, paradójicamente, en el estabilizador de un "estado de cosas", alivia artificialmente en el país o en la región de origen (para el caso de las migraciones interiores permanentes o temporales) las profundas tensiones sociales, políticas y culturales que podrían presionar sobre un sistema caduco; desalienta el conflicto social y político y permite la sobrevivencia por un tiempo más del sistema en agonía. Ocurrió en el Ecuador de las primeras décadas del siglo XX prolongando la insoportable vigencia del latifundismo que asfixiaba al campesino indígena de la Sierra; siguió ocurriendo en las décadas siguientes y hasta la actualidad, en la medida en que la emigración temporal reduce la presión salarial de sectores que combinan la economía de subsistencia con el trabajo asalariado fuera de sus comunidades de origen; y acabó aliviando, con ocasión de la masiva emigración de los años 1999 y subsiguientes, la presión sobre el Estado para demandar políticas de compensación social y de redistribución de la riqueza por esa vía.

En síntesis la salida masiva de ecuatorianos desactiva mecanismos de participación de importantes sectores sociales en la presión necesaria por cambios en las políticas nacionales, por exigencias de redistribución de la riqueza, de más democracia y de mayores compromisos del Estado con los sectores menos favorecidos. El emigrante ecuatoriano fuga de un espacio asfixiante cuya degradación ha ocurrido, en gran medida por efectos del ejercicio mafioso de la política, aunque el emigrante no lo perciba así de modo directo. Pero lleva a costas un desencanto que se refiere al conjunto de sus relaciones con la sociedad legal, léase fundamentalmente política.

Si los flujos de migración que ocurren en momentos de aguda crisis de una sociedad anuncian, finalmente, el colapso de un sistema, vamos a preguntarnos a lo largo de estas páginas por los cambios que puedan estar anunciando las actuales migraciones.

Con estas breves referencias para marcar el carácter histórico de los flujos migratorios ecuatorianos y a su condición de punto de fuga de las sin salidas estructurales, intento abordar el fenómeno actual de la migración que determinó que en apenas tres o cuatro años, hayan salido del país más de un millón de ecuatorianos, principalmente hacia España, Italia y también Estados Unidos; y se calcula que tres millones de ecuatorianos de los trece millones que componen la población total, están fuera del país.

LA MAYOR CRISIS DE SU HISTORIA

Para abordar la temática de esta ponencia, me parece necesario comenzar, apoyándome en análisis recientes, por el señalamiento de algunos hechos ocurridos en el Ecuador a fines del siglo XX² y que, para todos los analistas, conformaron la mayor crisis no sólo económica sino política y social de nuestra historia republicana, hechos que fueron los detonadores de la ola migratoria.

Ecuador concluyó el siglo XX con una crisis sin precedentes. Luego de un prolongado período de estancamiento desde 1982, al año 1999 se le recordará por registrar la mayor caída del PIB y como el año en el que se agudizó el deterioro institucional del país.

El país experimentó uno de los empobrecimientos más acelerados en la historia de América Latina: entre el año 1995 y el año 2000, el número de pobres creció de 3,9 a 9,1 millones; la pobreza extrema dobló su número de 2,1 a 4,5 millones. Lo anterior vino acompañado de una mayor concentración de la riqueza.

La consecuencia lógica de esta evolución económica fue el masivo desempleo y subempleo; la caída de los ingresos; la reducción de las inversiones sociales: salud, educación, desarrollo comunitario, vivienda; la creciente inseguridad ciudadana; el deterioro de la calidad de vida; y, la reducción vertiginosa de la confianza en el país.

Si nos detenemos en la afirmación de los analistas citados, en cuanto a la reducción vertiginosa de la confianza en el país, vamos a encontrarnos, creo yo, con la razón oculta de la migración actual. Y es que el Ecuador, a pesar de vivir este momento su más largo período democrático de casi tres décadas, llegó a fines del siglo anterior y comienzos del actual, al momento más grave de desinstitucionalización que, incluso, puede hacernos temer por la desaparición de la nación misma. Ya ni las Fuerzas Armadas, ni los medios de comunicación ni la Iglesia conservan la credibilidad de otros tiempos. El ejercicio de la política y el sistema de representación se han vaciado de sentido y viven tal crisis que el país ha cambiado de presidente siete veces en una década. Los ciudadanos buscan imponer sus intereses en las calles. La justicia vive tal colapso, que han aparecido por todas partes manifestaciones e incluso estructuras de la llamada "justicia por mano propia". El país comienza a hablar de una institución que ha alcanzado en los sectores rurales de la Sierra un desarrollo sorprendente, las llamadas Juntas de Defensa del Campesinado, núcleos de carácter fascista que controlan poblaciones rurales enteras.

En el mes último, en octubre, la prensa presentaba una imagen que sólo la podemos imaginar en alguna película dramática sobre los tiempos de la inquisición. La imagen recogía lo ocurrido en una población a no más de dos horas de la capital, Quito y a escasos kilómetros de una de las mayores urbes del Ecuador, Ambato. Se trataba de la imagen de un grupo de ciudadanos que, imperturbables, miraban la escena de un hombre acusado de robo, crucificado en un madero y con las llamas de una hoguera que comenzaban a consumirle las piernas, en un acto dislocado de justicia por

² Ver "La migración en el Ecuador" de Alberto Acosta, Susana López y David Villamar. Corporación Editorial, Quito 2006.
Línea I. Migraciones y Desarrollo
Las Sociedades de la Emigración: El Caso Ecuatoriano.

propias manos. El pobre hombre fue salvado por el cura párroco que acabó apagando las llamas con su propia sotana, antes de que el acusado se consumiera.

Los ecuatorianos comenzamos a vivir, entonces, la desilusión extrema en el país, la pérdida de toda noción de convivencia en sociedad reglada por un acuerdo colectivo representado en el Estado y en sus instituciones que han dejado de representarnos.

No es extraño que en el último proceso electoral de octubre, se haya impuesto entre los electores emigrantes en España, desilusionados del país, la candidatura que nunca hizo referencia a la migración, que no propuso nada al respecto, por sobre aquellas que, incluso visitaron a las comunidades ecuatorianas en Madrid y Murcia, la candidatura del multimillonario Álvaro Noboa que realizó la campaña regalando sillas de ruedas a los discapacitados, poniendo sus manos sanadoras sobre la cabeza de los enfermos, recitando el Padre Nuestro en los mítines y lanzándose de hinojos para convocar la asistencia divina, con un enorme crucifijo pendido sobre el pecho. Una patética versión política de los charlatanes de feria, pero encarnada en la más grande fortuna del país.

Es esta pérdida de las instituciones, del horizonte de la democracia, lo que, sumado a la pérdida de perspectivas de empleo y de mejoramiento de las condiciones de vida individuales, precipitó la actual ola migratoria.

LOS IMPACTOS DE LA INCERTIDUMBRE

La primera visión que, sobre este fenómeno de migración masiva, se impuso en el país, fue la del drama de las rupturas.

Hasta entonces, la migración había estado incorporada a la cotidianidad de la sociedad que veía, en un proceso sostenido pero todavía no alarmante, que muchos de los miembros de una familia emigraban. La migración hacia el exterior, particularmente hacia Estados Unidos o Venezuela, era vista hasta los años ochenta como la lógica continuidad de las migraciones internas, desde las regiones que habían protagonizado, durante la segunda mitad del siglo XX, los flujos migratorios. En gran medida eran migrantes que formaban su familia en el país de destino o que se trasladaban con todos sus miembros, para establecerse de manera definitiva. Las dificultades de comunicación vigentes alimentaban un lento olvido de los que se fueron y que retornaban muy eventualmente con ocasión de alguna festividad local.

Los emigrantes ya enviaban para entonces remesas de dinero muy significativas, pero ante todo para mantener la imagen virtual de una presencia que, mientras más espectacular, buscaba contrarrestar la ausencia casi definitiva.

En efecto, hacia los años ochenta, la forma más visible de aquella emigración era el apareamiento, en el paisaje rural de provincias andinas como Azuay o Cañar, de mansiones que parodiaban los modelos de construcción norteamericanos, con edificaciones que recordaban a aquellas de la vieja película *Lo que el viento se llevó*. Eran mansiones que permanecían vacías, fantasmales, en ocasiones con un vehículo flamante envuelto en polvo guardado en la cochera durante años y que constituían el único recuerdo del migrante exitoso, la presencia simbólica con la que el migrante curaba su nostalgia y su deseo de un retorno que generalmente nunca ocurría.

Cuando se iniciaron los flujos migratorios de fines del siglo XX, inaugurábamos otro tipo de éxodo marcado por la ruptura familiar, la promesa no siempre consoladora del retorno alimentada por el Internet y la comunicación celular.

Los aeropuertos de Quito y Guayaquil comenzaron a ser los espacios en los que se representaban auténticos "sacramentales" acompañados de orquestas de mariachis o de pasillos, con el padre despidiéndose de la esposa y los hijos y recibiendo de hinojos la bendición de la madre anciana.

La emigración, que se escenificaba a diario en los aeropuertos o en las columnas de gente que dormía en la intemperie a las puertas del consulado español, fue alimentando en la sociedad ecuatoriana un espíritu de conmiseración hacia el migrante, de desaliento, que poco a poco ha ido cediendo terreno a una visión menos dramática; en parte por la constatación del éxito de muchos emigrantes, evidenciado en el envío de remesas, en parte también por el alivio que en muchos casos representó la emigración a tensiones y violencias intrafamiliares.

Hoy, la sociedad ecuatoriana sigue mirando al emigrante como al "otro" del que se siente lejano y al que le ocurren las tragedias; pero cada vez la dramatización del hecho y la vergüenza de las familias de los migrantes va perdiendo fuerza.

El drama real, mientras tanto, va a ocurrir a espaldas de la sociedad y a partir del blindaje de las fronteras de los países de destino. Se va conformando una gigantesca red de migración clandestina, una estructura oculta que agudizó los matices dramáticos de la migración. Aparecieron las mafias de los coyoteros, facilitadores de la migración clandestina. Los diarios comenzaron a reproducir testimonios de la explotación de los coyoteros, muchas veces agencias de viajes y prestamistas ilegales, que endeudaban a los aspirantes a emigrar; e incluso los medios recogieron escenas de naufragios de embarcaciones precarias abarrotadas de emigrantes. Pero el Estado y la justicia no ha podido hacer absolutamente nada frente a estos hechos, porque existe una alianza entre el migrante y el coyotero que conforman una dinámica oculta indetenible, pues sólo el traficante puede facilitar la posibilidad del viaje, aunque sea a un costo alto.

La migración, a pesar de las políticas de regularización llevadas a cabo en países como España, continúa siendo un hecho clandestino. Y ese hecho de "ilegalidad" todavía es asumido por la sociedad ecuatoriana como un delito y los medios de comunicación y los ciudadanos hablan sin percatarse del contenido de los términos, de la "captura" de emigrantes clandestinos en el mar, cuando buscaban llegar a las costas centroamericanas para internarse en la frontera entre México y Estados Unidos, como si se tratase de un delito. Este rechazo inconsciente a la migración clandestina va a reproducirse con mayor evidencia en la actitud de la mayoría de la población ecuatoriana frente a los refugiados de Colombia o a los inmigrantes laborales colombianos y peruanos. Ocurre la paradoja: el país que ha enviado a tres millones de sus ciudadanos, rechaza a los inmigrantes acusándolos de atentar contra sus fuentes de trabajo y constituir capas de población ilegal y vinculada al delito.

Vislumbrar las modificaciones profundas que puedan ocurrir en la sociedad ecuatoriana a partir de la migración clandestina y masiva, es todavía un interrogante. Pueden percibirse algunos impactos que nos permitirían acercarnos a modificaciones más permanentes. Sin embargo, me asalta siempre la duda sobre la posibilidad de enraizamiento de identidades locales y expresiones culturales, que asimilen positivamente los cambios aportados por la migración.

Un trabajo del sociólogo español Antonio García Nieto entre los migrantes en Murcia, señalaba un dato que merece atención: mientras los migrantes ecuatorianos conservan sus hábitos y ritualidades, un 12% de ellos afirman haber abandonado totalmente los usos y costumbres de origen, porcentajes que no pasan del 4% entre otras comunidades migrantes. Me pregunto si no está actuando allí una conciencia vergonzante que le lleva al migrante a negar su origen frente al impacto de la "modernidad" en el país de destino.

Daría la impresión de que en el Ecuador y seguramente en otras culturas, ocurre un fenómeno paradójico: que la tendencia a aferrarse a manifestaciones culturales locales, lejos de consolidar una cultura la vuelven más frágil ante las tentaciones de la modernidad, por esa rigidez que impide que actúen ricos procesos de hibridación. Mientras tanto, "La hibridez, declara García Canclini, tiene un largo trayecto en las culturas latinoamericanas."

En cuanto al orden cultural, la identidad actuará como una corriente subterránea, como una corriente evocadora y nostálgica, desconectada de un contexto cultural dominante en el que el emigrante no acaba de articularse ni alcanza tampoco a modificar; y frente al cual va a mantener a veces, de manera vergonzante, sus tradiciones, pero va a intentar abrirse e incorporar a su cotidianidad de manera desordenada nuevas manifestaciones culturales.

Lejos de vivir una pertenencia cultural, el emigrante enfrenta un conjunto desordenado de despertenencias múltiples, de rupturas que finalmente van conformando su ser cultural. Circula entre identidades lejanas e identidades ajenas. Se trata de una transitoriedad profunda.

¿Qué impactos va a dejar ese tránsito en lo cultural, por efecto de la influencia de la migración?

Es evidente que, si en emigraciones históricas anteriores no se registraron influencias significativas sobre las culturas locales, en tiempos de globalización el panorama es diferente, pero igualmente incierto. Invisibilizados como miembros plenos de una sociedad, desocializados y aislados, los migrantes son visibilizados por su condición laboral y como consumidores. Esa misma condición de seres caracterizados exclusivamente por su rostro laboral, va a actuar sobre su identidad y va a influir en la sociedad de origen. Una desterritorialización al perder el vínculo con el espacio geográfico natural, señala el investigador Juan Poblete, que se compensa con una reterritorialización económica.

La transitoriedad, la fragmentación de la realidad, la presencia confundida del "acá" y del "allá", la desorganización en la experiencia del migrante, actúan para ubicar al ritual antiguo en el espacio de la nostalgia; el migrante se va quedando

con la entelequia de una cultura y no sabemos aún qué nuevas manifestaciones de ésta puedan surgir a partir de los procesos migratorios, algo que ha sido ampliamente documentado en el caso de las migraciones mexicanas y centroamericanas hacia los Estados Unidos y que en líneas anteriores hemos denominado una "reterritorialización" de la nación norteamericana.

(Esta incertidumbre sobre la profundidad que podrá alcanzar el impacto cultural de la actual migración ecuatoriana me devuelve a la imagen inicial: si la literatura alcanzó la maduración de la novela junto a las migraciones internas que transformaron las relaciones regionales en el país, la transición actual todavía no produce su gran literatura. El impacto de la migración sobre las expresiones culturales, se manifiesta apenas en una música de lamento en torno a la eterna pregunta: por qué te has ido... Los escritores ecuatorianos actualmente en el exilio están más interesados en posicionar al autor ecuatoriano que en reflejar las dimensiones del éxodo.)

La constitución de espacios sociales transnacionales, de familias transnacionales, se vuelve, a su vez, en una vía para que las nuevas situaciones que vive el migrante también impacten en los que se quedan en el país de origen. ¿En qué medida? Es todavía un interrogante.

Mientras tanto, expresados en un espacio de relaciones virtuales que caracterizan a la comunicación entre los emigrantes y sus familias en el Ecuador, los rituales y las manifestaciones de una cultura popular parecen adquirir caracteres radicales. Hay un sinnúmero de testimonios que nos hablan del modo como el migrante busca subrayar su presencia a pesar de su ausencia, a través de exasperación de las imágenes virtuales que le aseguren estar presente y ser determinante en el orden y la cotidianidad familiar. Habíamos hablado ya de lo que ocurre con la vivienda, donde la parodia radical con la que se trasladan patrones norteamericanos a comunidades de Cañar o de Azuay nos hablan, ante todo, del deseo del migrante de elevar y sublimar su relación con la tierra de origen. Otro tanto puede encontrarse en las fiestas familiares en el país de origen, financiadas y organizadas hasta el mínimo detalle por el padre o los padres migrantes desde el país de destino, y en las que el derroche y el consumo se radicalizan precisamente para contrarrestar la ausencia. Existe una exasperación de lo simbólico para ratificar los lazos que unen al migrante con su familia.

Otros impactos pueden identificarse; y uno al que han recurrido con mucha frecuencia los investigadores es al impacto entre los hijos de los migrantes. El hecho, tantas veces señalado, de que los hijos de los migrantes mantienen niveles altos de consumo suntuario a partir de las remesas, confirma esa actitud radical con la que los padres buscan contrarrestar la ausencia.

Hay un punto de partida que explica las interpretaciones de este impacto: en la medida en que la migración es clandestina, el padre o la madre desaparece de un momento a otro de la familia, sin que anteceda una preparación, un proceso de despedida, en cierta forma unas condiciones para "vivir el duelo" de la separación. Aquello, para muchos investigadores, tiene un fuerte impacto en la relación de los hijos de migrantes con el resto de sus contemporáneos, los marca, los excluye, impacta en su rendimiento en los estudios, modifica sus comportamientos volviéndolos con frecuencia violentos y afincados en una profunda rabia.

Sin embargo, es necesario desdramatizar esos impactos.

La tendencia actual de las organizaciones civiles que trabajan con hijos de migrantes es abordar sus dificultades en el conjunto de la escuela o colegio, sin hacer de los problemas del hijo de migrante un "caso de estudio" al interior del establecimiento educativo. Como contrapartida, puede evidenciarse una preocupación manifiesta de los padres ausentes porque sus hijos estudien; en las zonas rurales, este afán ocurre en detrimento del trabajo agrícola en el que tradicionalmente han participado los hijos. La preocupación por el aprovechamiento de la mano de obra familiar es reemplazada por una insistencia obsesiva porque los niños estudien.

Pero aquí es importante subrayar algo: se trata de la radicalización de los lazos familiares con exclusión de las relaciones con la sociedad en su conjunto. Mientras los análisis de lo que ocurría con los migrantes de décadas pasadas y su deseo de mantener vinculaciones con la sociedad a través del financiamiento de obras comunitarias o el patronazgo de alguna virgen o santo venerado en la comunidad, los actuales tenderán a establecer en los linderos de la familia los límites de su intervención; y máximo y relativamente reproducir ciertos lazos sociales entre la comunidad establecida en el país de destino. Personalmente pienso que ello obedece a lo que calificábamos como el fondo de la decisión de emigrar: la ruptura con una institucionalidad nacional que les dio la espalda, el desaliento que les impulsó a emigrar.

Este hecho, me parece, pesa también al momento de la decisión del migrante de enviar remesas. Lo hará, a partir de su desencanto, de su ruptura.

En cuanto a los impactos sociales de la migración en el país de origen, están llegando paulatinamente, muchas veces como modelos de vida inducidos por los padres hacia los hijos a través de una comunicación fluida y frecuente; pero todavía modifican de manera muy poco visible los comportamientos de la sociedad.

Si revisamos algunos impactos indirectos, se puede hablar de una agudización de las diferencias socio económicas entre sectores de una misma comunidad, entre los que se benefician de la migración y los que no. Al mismo tiempo, en el caso de las comunidades rurales, pueden irse perdiendo ciertos mecanismos andinos de complementariedad, pues la ausencia del padre o la madre de una familia le impide al resto de la familia cumplir con formas rituales de solidaridad y retribución de apoyos recibidos en el marco de las prácticas de mutuo apoyo. Se trata de modificaciones casi imperceptibles pero que sumadas, van afirmando nuevos comportamientos, nuevas formas de relación con la economía y la producción y nuevas relaciones intrafamiliares también.

Es importante señalar que una creciente feminización de la migración irá modificando la situación de la mujer en la sociedad ecuatoriana. En efecto, la migración de las mujeres está obedeciendo parcialmente a forma de reacción frente a la exclusión social a partir del género y que lleva a muchas mujeres a optar por la migración como una posibilidad de liberación de relaciones familiares y sociales opresivas e incluso de situaciones de violencia intrafamiliar.

¿QUÉ HACER FRENTE A ECONOMÍAS OCULTAS?

El fenómeno de la migración, hemos dicho, es en sí mismo el desencanto de la legalidad en todo lo que ello implica: orden económico, orden político, orden cultural.

Alguien afirmaba hace unos años en un debate en Venezuela que el Estado "es un esquema de disimulos". Y la legalidad es la expresión retórica de ese disimulo. Mientras tanto, el emigrante está siempre en tránsito, siempre viviendo un estado de indecisión que entra en contradicción con el carácter permanente de la institucionalidad. Hay, por tanto, un conflicto con la legalidad inherente a su vida.

Esta actitud frente a la legalidad y la institucionalidad se traslada en gran medida a los miembros de la familia que se quedaron en el país de origen y que prefieren vivir esa situación de migración de manera muy reservada, siempre con temor de que se sepa que hay miembros de la familia que han emigrado.

Como efecto de esta actitud, nos encontramos frente a una economía eminentemente subterránea en la que los flujos ocurren a contracorriente de los flujos económicos estatuidos. Y aquí podríamos detenernos a evaluar todos los esfuerzos poco efectivos que realiza la banca regular para captar las remesas y que han impactado en un segmento aún reducido. El dinero fluye por otra parte, por otros canales que tienen más que ver con empatías subjetivas, con mecanismos que no implican, en perspectiva, ningún tipo de vínculo financiero de la familia migrante o que se fundan en el carácter transnacional de la familia.

Western Union o Delgado Travel que captan los mayores porcentajes de remesas, son simples correos anónimos, fugaces, con los que la relación transaccional dura escasamente el instante de un trámite y no implican programas de ahorro, de inversión, de direccionalidad en las remesas ofrecidas por los bancos; aunque aquello, a partir de una cierta racionalidad, implique diversos beneficios. No. El emigrante está solo frente a una ventanilla y la transacción que realiza no le implica, no le ata, no le visibiliza. Allí está implícito el rechazo a toda estructura, a toda institucionalidad que es percibida, aunque inconscientemente, como un mecanismo perturbador de la relación directa de la emigración con la familia del migrante.

Este tema debe ser meditado allí donde se busca poner en marcha programas de manejo de las remesas a través de los bancos nacionales. Además de que existe otro aspecto relevante que lo señalo de paso: la tendencia de los bancos nacionales es a captar los recursos locales –en este caso los recursos de los migrantes locales- para trasladarlos a sus centros financieros en las grandes ciudades, descapitalizando las economías locales. Por tanto, lo que sería conveniente

en materia de direccionalidad de las remesas, es vincular su flujo a mercados financieros locales e, incluso, más allá de las localidades urbanas, el impulso a la creación de cajas de ahorro y crédito que se vinculen lo más directamente posible con el escenario inmediato de vida de las familias.

Por último, está el impacto sobre la economía del país a causa de las remesas. En el caso ecuatoriano, éstas no solo que constituyen el segundo ingreso nacional luego del petróleo, sino que en la medida en que la economía ecuatoriana está dolarizada, son las remesas las que permiten mantener la liquidez de la economía del país.

Existe un doble efecto de las remesas que lo analizan con detenimiento Alberto Acosta, Susana López y David Villamar en su libro "La migración en el Ecuador". Estos autores sostienen que "las remesas han experimentado un crecimiento que puede ser clasificado en tres etapas. Una etapa de crecimiento inicial, que va de 1993 a 1997 y en la que el incremento anual de remesas promedió los 120 millones de dólares. Una segunda etapa que sería de aceleración, entre 1998 y 2000, en la que el aumento anual promedio de remesas se duplicó, alcanzando los 262 millones. Y la tercera etapa, con una tendencia a la saturación, entre 2001 y 2005, en la que se desacelera el flujo de remesas, promediando un crecimiento de apenas 64 millones anuales; en términos reales en estos años prácticamente no se registró un crecimiento." Desaceleración que, sin embargo, ha seguido alimentando el crecimiento de la importancia relativa de las remesas y también de su valor absoluto, alcanzando alrededor de dos mil millones de dólares para el año 2006. Además de que el flujo de remesas mantiene una ventaja sobre los ingresos petroleros y de otras exportaciones primarias: mantienen un carácter estable y no están sujetas a condiciones transitorias de precios.

Agregan los mencionados autores que al dolarizarse y "al sacrificar (el país) la capacidad de emisión monetaria del Banco Central, el Estado perdió a la política monetaria directa como instrumento de política económica. Más aún, el Estado prácticamente eliminó su potestad para determinar la masa monetaria (especies monetarias en circulación y depósitos a la vista), de la cual requiere una economía para realizar las transacciones económicas. En dolarización, el aumento o contracción de la oferta monetaria depende en gran parte de los resultados que se obtengan a través de los flujos económicos (reales y monetarios) con el exterior. A las exportaciones, al endeudamiento externo (tanto público como privado), a la inversión extranjera, se han sumado las mencionadas remesas."

Al otro extremo está el hecho del incremento muy preocupante de las importaciones, con lo que puede también analizarse el valor de las remesas en ese aspecto.

Para los autores del libro "La migración en el Ecuador" por un lado, "puede decirse que las remesas han contribuido a mitigar la salida de recursos impulsada a través de las importaciones. En efecto, las remesas han representado entre un tercio y un cuarto del total importado en los últimos años. Es decir, que por cada 4 dólares que salieron del país por concepto de importaciones en 2003 y 2004, entró aproximadamente un dólar por concepto de remesas.

"Pero por otro lado, no es menos cierto que en gran medida, las remesas se han destinado al consumo de productos importados, tales como electrodomésticos, equipos de computación, ropa... Es así que los ingresos por remesas explicarían buena parte del acelerado crecimiento de las importaciones de bienes de consumo durante la dolarización. A este respecto debe decirse que, si bien el abaratamiento de los productos extranjeros derivado de las devaluaciones de varios de los socios comerciales del Ecuador constituyó el impulso determinante para las importaciones frente a la rigidez del dólar, fue el veloz incremento de la liquidez de buena parte de los consumidores derivado de las remesas del exterior lo que complementó dicho impulso al posibilitar el aprovechamiento efectivo de esas importaciones a menor precio".

LOS SENTIDOS EQUÍVOCOS DE LA COOPERACIÓN

La importancia de las remesas y su volumen no deben hacernos caer en la ilusión de que, con ellas, es posible automáticamente impulsar procesos de desarrollo, precisamente por las condiciones subterráneas en las que se debate. El modo como fluyen las remesas en países como el Ecuador, cuestiona los esfuerzos dirigidos a transformar las remesas en desarrollo, en inversión para el desarrollo. Es lo que está contenido en políticas que se denominan actualmente de "codesarrollo".

Hasta donde alcanzo a ver, "codesarrollo" es una nueva manera de denominar a una cooperación que ha establecido como su espacio de intervención aquellas áreas de los países empobrecidos donde se origina con mayor frecuencia y en mayor volumen la migración.

Al codesarrollo le antecedió, al menos en el Ecuador, un programa que apenas si se aplicó cuyas posibilidades de éxito son muy dudosas, entiendo que originado en Bélgica, dirigido a orientar a los migrantes ecuatorianos en Europa hacia el retorno, ofreciéndoles para el efecto créditos e informaciones que faciliten su reinserción en el país de origen. De paso, diremos que los distintos flujos de migración han estado acompañados de fases de retorno sin necesidad de intervención estatal alguna, pero han originado nuevas migraciones, en vista de que la rentabilidad de las microempresas instaladas con los ahorros del migrante no igualaban los rendimientos que el propio migrante alcanzaba con su trabajo fuera.

De todos modos, el "codesarrollo" tiene otros alcances y no se reduce a facilitar créditos. Busca desarrollar áreas de eventual migración.

Personalmente, tengo tres observaciones referidas al codesarrollo.

La primera es que no se compadece con su sentido original: desarrollo entre iguales. Es claramente un programa de cooperación iniciado en un país del Norte, decidido allí para orientarse hacia un país del Sur y a un área definida no necesariamente por la población del área que debe participar en el proceso. Sería preferible hablar con claridad de una modalidad de cooperación de un país enriquecido hacia un país empobrecido, sin otro tipo de retóricas.

Un segundo comentario muy personal se refiere a la sospecha de que existe una profunda contradicción entre los motivos del migrante y los motivos de una cooperación dirigida al "buen uso" de los recursos económicos originados en las remesas. Una contradicción que está en el centro mismo del carácter marginal –por no utilizar el término policial de "ilegal"- que hemos dicho que rodea a la migración actual, a pesar de todos los esfuerzos de regularización que se han emprendido. A este aspecto ya me he referido al hablar de la articulación por fuera de la institucionalidad, entre el migrante y su familia.

Las mayores dificultades para animar un acompañamiento al fenómeno de la migración para convertirlo en factor de desarrollo, pasa por confrontar el desaliento, el descrédito de las instituciones, la desconfianza en el sistema financiero y en la propia capacidad de organización social, la creación de redes transnacionales que escapan a las estructuras del Estado y de la propia sociedad nacional y un oculto deseo por mantener en la intimidad y en la informalidad situaciones marcadas por la presencia indocumentada en los países de destino.

Una estrategia que involucre a las remesas va a enfrentarse con esta primera limitación: la migración es un hecho individual, que corresponde al fuero íntimo de una familia, que no necesariamente está dispuesta a que le planifiquen el uso de sus recursos que, por ejemplo, se orienta al consumo superfluo precisamente para cubrir una de las necesidades del migrante de marcar su presencia a partir de su ausencia. Es interesante una observación hecha en Quito: en algunos casos, las remesas de los migrantes que están dirigidas fundamentalmente al consumo familiar, siguen estándolo, pero su efecto indirecto es que liberan las utilidades de pequeños negocios familiares previamente existentes, para con ellos capitalizar la pequeña empresa. De ese modo, la remesa mantiene su contenido subjetivo y al mismo tiempo es, indirectamente, un instrumento de desarrollo económico de la familia.

Insisto: considero que la economía de la migración es una economía eminentemente subterránea en la que los flujos ocurren a contracorriente de los flujos económicos estatuidos y cumplen muchas veces roles rituales, formas de compensación por la ausencia que nada tienen que ver con programas de reinserción o de inversión para el desarrollo. El migrante lleva a cuestas un desencanto que se refiere al conjunto de sus relaciones con la sociedad legal. ¿Es posible, me pregunto, articularlo a un programa de inversión para el desarrollo que comprometa sus remesas, cuando el hecho de haber migrado corresponde, precisamente, a un profundo desencanto por toda institucionalidad?

Un informe sobre expectativas al momento del auge migratorio en 1999 reflejaba que solo un diez por ciento de los ecuatorianos confiaba en la perspectiva de encontrar empleo y contar con un futuro personal; y solo un siete por ciento confiaba en la posibilidad de que el país saliera adelante.

Una tercera observación personal es que, el codesarrollo no se articula a una política global que tenga, como su elemento primordial, un giro en los términos de intercambio entre los países enriquecidos y los empobrecidos –este modo de expresar una realidad contemporánea la tomo de José María Tortosa, en la medida en que calza mejor que hablar de países ricos y países pobres como si se tratara de una situación ahistórica.

Y esto hace referencia al conjunto de la cooperación y creo que también al codesarrollo.

La cooperación internacional, si quiere ser tal, sospecho que tiene que incluir en su política el conjunto de las relaciones entre el Norte y el Sur. Si no hay una modificación en los términos de intercambio comercial, si no hay una estrategia realista en el tratamiento de la deuda pública de nuestros países, si no hay claras políticas de integración en las que las dos regiones salgan beneficiándose, la cooperación internacional no tiene futuro.

Por otra parte, la cooperación bilateral, reembolsable o no reembolsable, incluidas las condonaciones de deuda, no pueden continuar colocando en las negociaciones y en los acuerdos, condicionamientos como el utilizar proveedores y tecnología del país que está cooperando. Aquello es inmoral y no constituye una cooperación en su pleno sentido. Francisco García Pascual, un investigador universitario español, establece que del total de 3.380 millones de dólares recibidos por el Ecuador como Ayuda para el Desarrollo entre 1983 y 2002, el 38.5% estaba atada a la adquisición de productos, bienes y servicios en los países cooperantes.

La cooperación internacional va a continuar siendo lo que es. Un esfuerzo "civilizatorio" que se traduce en términos aparentemente pragmáticos, como aquello de superar la pobreza, fortalecer la democracia, garantizar los derechos humanos. Me parece inútil debatir la naturaleza de estos objetivos. Pero en función de su perspectiva, me atrevería a hacerme una pregunta también inútil: ¿será posible que la cooperación internacional convierta en actos, un principio bastante abstracto, el principio de la alteridad, del diálogo entre iguales? Pero ojo: la alteridad, nos dice Tzvetan Todorov es la aceptación del otro sin que medien juicios de valor.

Aquello pasa, necesariamente, por la superación de algunos comportamientos profundos de los países que se asumen como los gestores de la modernidad, como los gestores del progreso. Y se trata de comportamientos que responden a una larga historia, difícil de superar, y que tienen que ver con un universo de subjetividades, de complejos ancestrales, de lecturas equívocas de la historia de la humanidad y de lecturas del humanismo.

¿No será, acaso, que la cooperación internacional sigue fiel a aquél viejo principio de asimilación, expresado por Condorcet en la Europa de las luces, que sostenía que todos los hombres tienen los mismos derechos, entre los cuales está el de ser civilizados, y dado que los franceses y los ingleses son los pueblos más civilizados de la Tierra, tienen el derecho, e incluso el deber, de llevar la civilización a los salvajes?

Pienso, para concluir, que talvez (y subrayo ese tal vez) la primera obligación de la cooperación internacional es dudar de si misma, abandonar las certezas y abrir un diálogo franco.